

Río IV

Me encanta escribirlo así. Podría ser una lancha de carrera, un complejo de departamentos en Río de Janeiro, un cohete al espacio o un cauce menor en la cartografía romana. Pero no. Río IV es la ciudad cordobesa, sin sierras, casino ni feria a la que vine por trabajo. Soy el fotógrafo de un político que compete por la intendencia.

Llegué de noche, la estación estaba vacía. Varios perros me recibieron con una fiesta. En la parada de taxis los choferes charlaban entre ellos. Los saludé y ni me miraron. Subí al primer taxi de la fila. Uno de ellos se sentó en el asiento del conductor y terminó su discurso a los gritos desde la ventanilla. Adentro, el estéreo pasaba música tecno a todo volumen. Estaba amaneciendo y la melancolía de la ciudad quedaba descuartizada por donde pasásemos. En vez de pedirle que baje un poco, hice como él y saqué la cabeza por la ventanilla. El viento helado amortiguó el zarandeo de la música y me espabiló. Media cuadra más tarde, un caballo negro como el carbón, desplegaba su figura elegante contra los escombros de un baldío. Era un agujero en la penumbra. Dormitaba de pie con los ojos cerrados y dentro de su silueta sólo se distinguían las venas brillantes de su cuello, gruesas como los dedos de un albañil. Recostado a sus pies, un potrillo miraba en lontananza, pestañeando como si sus párpados fuesen lenguas. Bajo esa luz, que empezaba a ser

púrpura después del azul de la noche, era un caballo rosa. Un Adonis de melena lacia con cuerpo de porcelana. Al fondo del terreno flameaba el espectro plateado de un percherón, severo y de patas fuertes. Tres caballos inescrutables desplegando al amanecer su misterio animal. Por un instante olvidé el estruendo de la música, como si hubiéramos entrado al ojo huracanado de una rave en un mundo extraño y delicado. Aunque pronto volví al latido demoledor de los parlantes, el aura de los caballos me acompañó hasta llegar al hotel.

Ya son las 8 de la mañana. Cierro la compu, me baño y bajo. Quiero saber qué tal es el desayuno.